

## Irak a la intemperie

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Con el avance de la organización terrorista Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL) hacia Bagdad, tras haberse hecho fuerte en una buena parte del norte, Irak parece abocado hacia la descomposición y a su conversión en un estado fallido. Desde luego, a nadie se le escapa la desestabilización sufrida por este país tras la invasión dirigida por las tropas estadounidenses en 2003. Con la excusa de que Sadam Husein tenía grandes arsenales de armamento de destrucción masiva y financiaba el terrorismo internacional, el gobierno de Bush hijo, con el apoyo de algunos países aliados, decidió derrocar al líder iraquí amparándose en pruebas que luego se revelaron falsas. Evidentemente, el ejecutivo norteamericano necesitaba reaccionar ante los atentados del 11 de septiembre de 2001 y no tuvo mejor ocurrencia que inventarse un supuesto eje del mal conformado por Corea del Norte, Irán e Irak, al que dirigir sus diatribas. Se invadió el último de estos estados, al margen de la legalidad internacional, se derrocó a Sadam e incluso se le colgó, pero no se preparó un auténtico plan de reconstrucción y de reconciliación nacional. Por el contrario, con el acceso a la presidencia de gobierno del chiíta Nuri al-Maliki en 2006 los enfrentamientos entre sunitas, chiítas y kurdos, lejos de desaparecer, han aumentado por el sectarismo impuesto por su ejecutivo, excesivamente preocupado por los intereses de los chiítas. Hay que recordar que Sadam Husein y sus dirigentes provenían en su mayoría del sunismo, minoritario en Irak, frente al chiísmo. Es por ello que, en cierta medida, al-Maliki haya llevado a cabo una política revanchista contra los sunitas.

Por supuesto, yo no voy a defender aquí a Sadam Hussein, cuyas intervenciones en la región fueron desastrosas para el país (guerra contra Irán o invasión de Kuwait, por ejemplo), por no hablar de las atrocidades de su régimen contra ciertos sectores de la población iraquí, en especial contra los kurdos. Sin embargo, lo que quedó enseguida de manifiesto tras su caída es que nada tenía ver con el apoyo a bandas terroristas, como sostuvo en su día Washington. Más bien al contrario. Como Mubarak en Egipto o al-Asad en Siria, Sadam había servido de dique de contención contra este tipo de organizaciones gracias a su política de mano dura. Pues bien, el desmembramiento de estos regímenes ha hecho aflorar este terrorismo de carácter suní en toda la región. Al punto que no podemos entender lo que sucede ahora en Irak sin tener en cuenta la guerra civil que se libra en Siria desde hace prácticamente tres años. Si en este último país las revueltas contra la corrupción y a favor de la libertad y de la democracia pudieron haber tenido algún sentido al principio, lo cierto es que la entrada en escena de los yihadistas en el bando contrario a al-Asad terminó por contaminar la situación, estallando incluso una lucha encarnizada entre los distintos sectores de la oposición al régimen: los partidarios de la democratización de Siria y los terroristas primero de Jabhat al-Nusra, vinculado a Al-Qaeda, y después del EIIL. Tal es así que la intervención de estos yihadistas ha dado fuerzas a al-Asad, quien no ha dejado de insistir durante todo el conflicto en el papel desempeñado por los terroristas en la guerra civil.

El problema es que ahora el EIIL controla no sólo algunos sectores del Este de Siria, sino también algunas regiones próximas de Irak, con lo que una parte de la frontera entre ambos estados está en sus manos, además de la amenaza petrolera. Como han declarado reiteradamente, su objetivo es la creación de un califato que abarque a la mayor parte de los territorios de ambos países, para lo cual no parece que estén escatimando ningún medio. Para ello no le faltan ni recursos humanos (están recibiendo combatientes de todos lados, muchos de ellos curtidos en Siria), ni armamentísticos (¡a saber lo capturado al Ejército iraquí!), ni económicos, gracias al botín de sus conquistas, pero también a la financiación externa. Lo cual nos lleva, como en tantas otras ocasiones, a la misma pregunta: ¿quiénes o qué países financian realmente el terrorismo internacional de carácter suní, en la actualidad el más activo en el mundo? Lo que está claro es que el famoso eje del mal fue un fiasco y que posiblemente haya que dirigir nuestras pesquisas hacia esas ricas potencias sunitas que, gracias al petróleo, están en condiciones de derivar parte de sus

ganancias a esta guerra entre sunitas y chiítas en la región.

No obstante, se calcula que los combatientes del EIIL en estos momentos en Irak pueden ser unos 5.000, lo que no deja de ser una cifra bastante pequeña para las grandes conquistas llevadas a cabo en tan poco tiempo. Cabe sospechar, por tanto, en la ayuda sobre el terreno de efectivos sunitas tales como, por ejemplo, hombres del régimen de Sadam, del antiguo partido Baaz, jeques o líderes locales e incluso militares sunitas del Ejército iraquí hartos de la gestión de al-Maliki. La situación, por lo tanto, es extremadamente grave, ya que supone una vuelta de tuerca más en ese enfrentamiento fratricida existente entre sunitas y chiítas que amenaza con desestabilizar todo el Próximo Oriente. La cuestión está en que ni Estados Unidos ni la OTAN están por la labor de enviar tropas a la zona, solución, por otro lado, que yo tampoco contemplo como la más idónea. Salvo quizás ciertas actuaciones muy selectivas, creo que la solución debe ser más política y diplomática que otra cosa. Para ello, primero sería necesario un ejecutivo iraquí que abandonase el sectarismo y fuese capaz de integrar en su seno a representantes sunitas, kurdos e incluso cristianos, que tanto están sufriendo también en esta crisis. Segundo, no estaría de más contar con las grandes potencias de la zona, como Turquía, cuyo consulado en Mosul ha sido tomado por los terroristas, o, sobre todo, Irán. Tercero, abogar por una diplomacia más activa por parte de la ONU, que pudiera ser vista como una organización no partidaria, sino neutral. Cuarto, tratar de llegar a una organización territorial del Estado que satisfaga las distintas aspiraciones autonomistas sin implicar la disgregación del mismo. Y, por último, tratar de esclarecer las fuentes de financiación externa no sólo de éste, sino también de toda esa pléyade de grupos terroristas suníes que han aflorado en toda esta zona y en África y que son una auténtica amenaza para las poblaciones de los estados que los padecen y para Occidente.

17 de junio de 2014

Publicado en *El Diario Vasco*, 30 de junio de 2014, p. 18